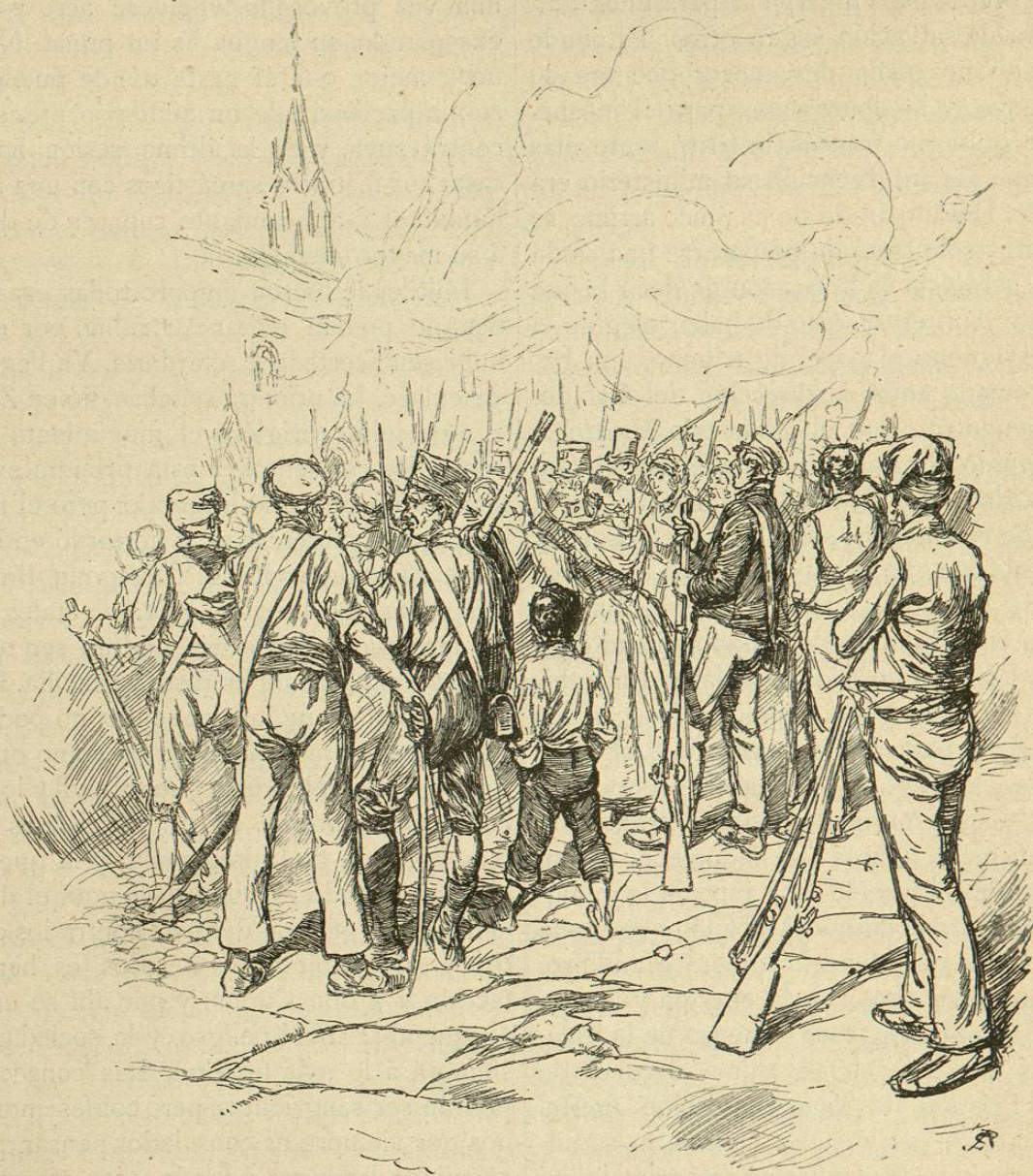


nos, dijeron tácitamente al gobierno; os retiramos nuestros poderes, y vamos á protegernos á nosotros mismos. Los facciosos inundan nuestras campiñas, llaman á las puertas de nuestras ciudades: vamos á proveer nosotros mismos á nuestra seguridad.» Agregábase á tan justas

exigencias la interminable lista de las vejaciones sufridas, vejaciones que acusaban altamente á la administración de Martínez, y sobre todo al que debiendo haber conocido más recientemente su gravedad, había parecido burlar la pública espectación, haciéndose continuador



del derruido gabinete y adoptando la responsabilidad de sus errores. ¿Qué derecho tenía á quejarse si la nación pedía en él una víctima expiatoria? Las juntas todas reclamaron su destitución.

Este episodio de 1835 es único en los fastos modernos, y ha venido á poner en evidencia dos hechos: primero, que no habiéndose separado en aquella crisis las provincias de la capital, el federalismo político no es ya de temer en un país donde entre tantos peligros ha sabido salvarse la unidad nacional; segundo, que

ese gran movimiento no produjo ningún hombre nuevo, y que no ha salido del seno de esas borrascas anónimas un solo hombre capaz de bautizarlas. ¿Se deberá desesperar por eso de la revolución española? Todo lo contrario: eso mismo prueba que no es patrimonio de nadie, es decir, que es patrimonio de todo el mundo. Es imposible matarla en un hombre. Está en el estado de instinto: ésta es la primera faz de toda reforma social: antes es tener el sentimiento de los abusos, y luego combatirlos; la lucha empieza después, pero sorda, incierta, sin

plan, sin sistema; existen millares de soldados oscuros antes de que se alce un general y los domine á todos.

La revolución española está en su primer grado; está en la atmósfera, digámoslo así, la respiramos, la sentimos; pero es vaga todavía y no reviste forma alguna determinada; solicita por el contrario una que le convenga, es un alma que busca un cuerpo á quien animar. No le ha encontrado todavía, pero le encontrará. Los hombres del Estatuto Real, los de la oposición, así como los del poder, no son de ella hasta ahora sino una personificación imperfecta; aspira á individualizarse de una manera más decisiva y poderosa. Difícil es prever todas las vicisitudes que la esperan, las trasformaciones que está destinada á sufrir; pero puede asegurarse que ya es invencible. Su contemporización, su lentitud son señales de fuerza y de vitalidad. ¿Por qué, pues, alarmarnos? Demosnos por el contrario el parabién. Las leyendas mitológicas hablan de una madre cuyo alumbramiento duró veinte días y otras tantas noches; pero de tan largo parto nació un dios que tenía delante de sí más siglos de vida que horas había costado su nacimiento, porque tenía la eternidad.

Todo el mes de agosto tardaron las juntas en constituirse. El conde de Toreno trató de hacer frente á la borrasca, más acaso por el buen parecer que con la esperanza de conjurarla. Una pequeña y efímera victoria en Madrid prolongó algunos días su existencia ficticia; pero la rendición de la milicia urbana de la capital, á que se siguió una reacción contra los carlistas motivada por las locas esperanzas de éstos, en nada alteró la situación general de las cosas; las provincias se mantuvieron firmes: desde la Coruña á Cartagena, de Cádiz á Barcelona no faltaba un solo eslabón á la cadena popular. Las autoridades que no quisieron asociarse al movimiento magnánimo, fueron depuestas ó víctimas de su terquedad, y la monarquía desmembrada quedó reducida al suelo que la corte pisaba.

El conde de Toreno quiso responder á ese vasto concierto de hostilidades y de amenazas con un manifiesto, verdadero papel mojado, que declaraba rebeldes á las juntas y les intimaba su disolución; manifiesto ridículo que en unas partes hizo reír y en otras llevó á su colmo la indignación. Las juntas insistieron con firmeza, y la Península estaba entregada á este fuego graneado de manifiestos y contramanifiestos á

la llegada de Mendizábal á Madrid. En sus manos abdicó Toreno el 14 de setiembre la presidencia del consejo, después de un imperio que no había durado siquiera cien días.

Mendizábal tendió á reunir los ánimos divididos, primera atención urgente en tan deshecho temporal. Todos sabemos cómo lo consiguió. Establecióse un pacto tácito entre el gobierno y el pueblo, merced al cual el primero siguió rigiendo y el segundo depuso las armas. «¿Queréis acabar la facción y constituíros? Yo acabaré la facción en seis meses y os constituiré.»

Esto fué dicho en setiembre, y ya hemos pasado el 14 de marzo. En el primer punto no está el mal en no haber cumplido lo prometido, sino en haber prometido lo que no podía cumplirse. En el segundo, ¿comprendió el ministerio Mendizábal su posición, su misión? ¿Comprendió toda la responsabilidad que la dictadura que se le confiaba echaba sobre él? Cuestión es ésta que muy pronto hemos de ver completamente solventada, porque pronto el ministerio Mendizábal pertenecerá sólo á la historia como el ministerio Toreno y el ministerio Martínez.

Un descontento sordo y general vuelve á anunciar tormentas: la piedra de la revolución, girando sin cesar, gasta con una inconcebible rapidez los nombres que más resistencia parecían ofrecerle. Y tiene razón la revolución española en ser exigente. Observemos que á pesar de los obstáculos, á pesar de la impericia de los jefes y de sus faltas, desde que ha empezado á andar no ha dado un solo paso atrás; háse desarrollado con método: hemos visto á los ministerios engendrarse sucesivamente y salir uno de otro con orden maravilloso y lógica inflexible. Ni un eslabón se ha roto en la cadena. Así Cea, antiguo colega de Calomarde, se continúa por medio de Burgos en el ministerio Martínez, y Mendizábal sale de él en línea recta por medio del conde de Toreno, de quien fué colega antes de ser heredero.

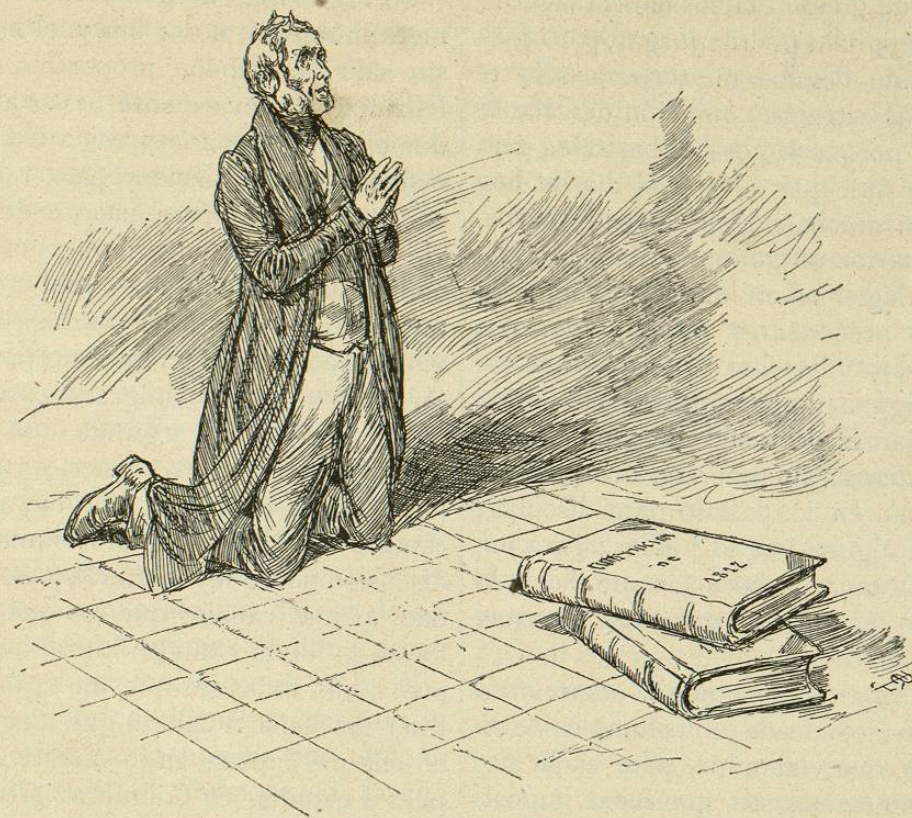
La ciencia política tiene también su ley de generación continua, y esta ley se llama *progreso*. Un principio es un germen que una vez sembrado ha de producirse y desarrollarse al soplo de la Providencia. He aquí la historia.

Se puede trazar el árbol genealógico de las revoluciones como el de las dinastías; la familia democrática no es una familia de incluseros: tiene su pasado también, sus tradiciones y su

abolorio. En Europa no queda más que un verdadero noble: ella. Despojada de su patrimonio le reclama; contéstansele sus títulos, y los discute, los justifica; opone á los sofismas de la usurpación la elocuencia del derecho; úsase de violencia, usa ella de razón; ellos tienen espada, ella tiene la inteligencia.

Esperemos, pues, y perseveremos: cualquie-

ra que sea el nuevo giro que la revolución va á tomar, marchemos siempre al fin, y si no podemos ir por el mejor camino, vayamos por cualquiera; pero vayamos. La lucha no puede ser eterna: el triunfo de la verdad no está lejos; el plomo vil va á convertirse en oro puro, y la nueva Jerusalén del poeta va á salir brillante de esplendor del fondo de los desiertos.



NI POR ESAS

VERDADERA CONTESTACIÓN DE ANDRÉS Á FIGARO

PUBLICADA POR ÉSTE

Yo rogaré á santa Rita, abogada de imposibles, por la prosperidad de nuestra patria.

Andrés Niporesas. — Muerte del Pobrecito Hablador.

París, 10 de mayo de 1836.

Desde que en marzo de 1833 concluí mi corta vida de escritor público dando cuenta á mis buenos compatriotas de la muerte del Pobrecito Hablador, nunca volví, ¡oh mi muy mordaz é independiente Fígaro! á tomar una pluma en la mano, y aun hice entonces firme y decidida resolución de reducirme á mi rincón, á reirme y desconfiar de todos á mis solas, tomando las cosas como viniesen, ya que no estaba en mi mano hacerlas venir como yo las hubiera querido tomar. Tú, mejor que nadie, sabes quién era el Pobrecito Hablador, y tú, más que nadie, te acordarás de que el pobre diablo murió de hablar, bien distinto en eso de tantos y tantos como de entonces acá, y aun ahora mismo, sólo de hablar y hablando por los codos han vivido, viven y vivirán.

Muerto, pues, ya mi amigo del último borbón de palabras que lo ahogó, y expresado

lisa y llanamente mi último anhelo, que, para que nadie dude de mis buenos deseos, es el mismo, mismísimo que me sigue animando en el día, y que por epígrafe acabas de leer en el principio de esta mi primera contestación á las tuyas, echéme á discurrir qué haría, cómo me valdría yo para medrar en adelante y ser por propios y extraños considerado y querido; entonces fué cuando por primera vez caí en la cuenta de que me faltaba para ser hombre de pro una circunstancia principal, sin la cual así era pretender en España figurar como tratar de enderezar nuestra máquina, y era que yo ni el año 13, ni el 14, ni el 20, ni el 23, ni el 30, ni en año alguno de memoria de hombres había nunca emigrado; ¿qué es emigrar? ni por acaso había hecho viaje pequeño ni grande que á emigración pudiese remotamente parecerse. «¿Qué especie de hombre eras entonces, me